

YĀBRĀ IBRĀHĪM YĀBRĀ

El 12 de diciembre de 1994 falleció en Bagdad Yābrā Ibrāhīm Yābrā, uno de los máximos exponentes de la literatura árabe contemporánea. Enfermo desde hace tiempo, su gastado corazón no pudo aguantar más y se paró para siempre un poco antes del alba, camino del hospital.

De joven, su aspecto era el de un galán cinematográfico -en Stratford-upon-Avon le confundieron con el actor que representaba el personaje de Hamlet en una obra teatral-. Con el paso del tiempo, sus profundos y oscuros ojos fueron perdiendo fuerza y ganando dulzura, una dulzura que se desbordaba por toda su persona: la encantadora y permanente sonrisa, la voz, con ese tono suyo tan peculiar que convertía las palabras en cantarines y rítmicos sonidos, las manos pálidas y suaves, siempre dispuestas a la caricia...

La lucha que tuvo que librar desde la más tierna infancia por la supervivencia, la dureza con que la vida lo trató no logró disolver el gran amor que llevaba en su corazón y era el motor que le impulsaba a cantar, a jugar, a representar obras teatrales, a escribir, a hacerse pintor a los dieciséis años, a pesar de vivir en un ambiente que no conocía el arte.

Mi amistad con él se remonta al año 1983, cuando comencé a elaborar mi Tesis Doctoral sobre su prosa literaria. Desde entonces nos hemos intercambiado numerosas cartas y juntos -en Bagdad- hemos asistido a conciertos, obras de teatro, exposiciones de pintura y conferencias, y hemos hablado durante horas y horas en su acogedora casa de la elegante zona de Manṣūr (una de las más castigadas durante la Guerra del Golfo) de toda clase de temas -generalmente en compañía de nuestro querido amigo común Māyīd al-Samarra'ī- aunque siempre terminábamos hablando de nuestro tema favorito: la música.

Recuerdo su incansable actividad, su extraordinaria simpatía y su don de gentes, y también sus gritos desesperados ante el inmenso dolor humano que provocó la Guerra del Golfo.

Nacido en Belén (Palestina) el 28 de agosto de 1920 en el seno de una humildísima familia cristiana, consiguió, gracias a su esfuerzo personal y al inmenso sacrificio de sus padres, acceder a estudios superiores en la Universidad de Jerusalén y posteriormente a ampliar estudios en Inglaterra, en las universidades de Exeter y Cambridge. En 1948, tras la creación del Estado de Israel, Yābrā Ibrāhīm Yābrā y su familia se vieron obligados, al igual que millares de palestinos, a abandonar su recién construida casa de Jerusalén, tras el bombardeo del cercano hotel Semiramis en el que murieron muchas personas, entre ellas Albert Atalla, uno de sus amigos más queridos. A partir de entonces su casa, su ciudad y su patria no serían para él más que un sueño imposible: por una inexplicable paradoja histórica se había convertido en un "refugiado", en un ser errante por variadas geografías en busca de una forma de supervivencia.

Tras vanos intentos de obtener trabajo como profesor en Beirut y Damasco, y mientras recordaba constantemente el famoso dicho de Ṭawfiq Ṣāyig en relación al mundo árabe: "Peor que el exilio exterior es el exilio dentro

de nuestra propia tierra", consiguió un contrato como profesor en la Universidad de Bagdad y, a pesar de que se resistía a la idea de ir a trabajar a Bagdad -la encontraba demasiado lejos de Jerusalén, incluso había llegado a decir que no le gustaría ir allí aunque sus calles estuvieran pavimentadas con oro- era la única salida que le quedaba.

Al llegar a Bagdad, al contrario que Balzac cuando llegó por primera vez a París, ʿYabrā Ibrāhīm ʿYabrā no iba buscando amor y fama. Entró como un exiliado a un país desconocido, sin imaginar que encontraría la tierra abonada para su deseo de cambio y renovación cultural. Allí conoció a un grupo de destacados intelectuales y participó con algunos poetas, entre ellos Badr Šākir al-Sayyāb, Nāzik al-Malāʾika y ʿAbd al-Wahhāb al-Bayātī, en la creación de una nueva poesía árabe que rompía con los moldes de catorce siglos.

Bagdad no era precisamente París; no obstante, la milenaria ciudad de las *Mil y una noches* todavía le podía ofrecer sus propios y valiosos regalos de amor y fama, en compensación por su amargo exilio.

ʿYabrā Ibrāhīm ʿYabrā viajó a lo largo de su vida por diferentes países de Europa y América y, a pesar de haber tenido oportunidad de asentarse en algún país occidental, ha preferido siempre volver al mundo árabe y concretamente a Bagdad porque, según sus palabras: "si el exilio es inevitable, al menos prefiero vivir en la ciudad que me abrió su corazón".

Su obra literaria

Hijo de la cultura árabe y a la vez profundo conocedor de la cultura occidental, ʿYabrā Ibrāhīm ʿYabrā es, sin duda uno de los más prolíficos y versátiles escritores árabes, con importantes contribuciones en el campo pictórico, poético y narrativo, así como de la traducción y de la crítica literaria.

En lo referente a las artes plásticas, su contribución es incuestionable, tanto por su esfuerzo en crear junto con otros escultores y pintores un nuevo arte iraquí como por la difusión del mismo a través de sus escritos.

Sus traducciones -trabajos creativos en los que puso idéntico entusiasmo que en sus propios textos- han constituido un valiosísimo material para dar a conocer la literatura occidental y elevar el nivel de la literatura árabe.

Su fascinación por la poesía y la familiarización con las obras de los grandes poetas occidentales le impulsaron a la renovación de la poesía árabe, tanto desde el punto de vista técnico como temático.

En el campo de la crítica asimiló la herencia literaria árabe clásica y la noción del crucial papel que la lengua árabe juega en el proceso de la creación literaria, así como sus infinitas posibilidades para expresar significados, armonizándolo con sus conocimientos de las más modernas teorías críticas occidentales.

Puede afirmarse, a pesar de todo, que fue en el campo novelístico donde volcó sus principales esfuerzos -especialmente en los últimos años- guiado por la idea de hacer de la novela árabe un nuevo género literario que, sin renunciar a su carácter árabe, tuviera también una dimensión universal.

Sus novelas más destacadas son: *Un grito en la larga noche*, *Cazadores en una calle angosta*, *El barco*, *Buscando a Walīd Mas'ūd*, las otras

habitaciones o *El primer pozo*. En ellas el autor plasma la realidad árabe contemporánea con todas sus contradicciones -siempre desde su óptica de palestino en amargo exilio que lleva su tierra en su pensamiento, en su sangre- así como sus apasionadas convicciones sobre el amor y el sexo y la lucha entre la tradición y la modernidad, siendo la médula de su pensamiento la crisis del hombre en la sociedad contemporánea.

Al igual que los héroes de las tragedias griegas, los suyos eligen un camino difícil, llegando incluso a la muerte. Por ello en sus obras hay siempre un fondo de lucha: lucha contra las normas establecidas para crear otras nuevas, lucha interior del hombre consigo mismo, lucha del hombre contra su destino, lucha de la libertad contra la opresión, lucha entre la realidad y el sueño... Es, en resumen, el drama del hombre contemporáneo en un continuo debate con su propio pensamiento.

El trabajo de Yābrā Ibrāhīm Yābrā ha sido reconocido en el mundo árabe y también en Occidente, como indican los diferentes premios recibidos, entre ellos: The Targa Europa Prize for Culture (Roma, 1983), el primer premio de la Kuwait Foundation for Scientific Achievement (1987) y el premio de literatura árabe, en el apartado de novela (1990). Además, su nombre ha sido barajado en más de una ocasión como candidato al premio Nobel de Literatura. Entre los fragmentos de sus obras publicados hasta ahora en español, destaca el breve poema que reproducimos a continuación, traducido por el también palestino de origen Mahmud Sobh, poeta de extraordinaria sensibilidad y amigo entrañable de Yābrā Ibrāhīm Yābrā:

¿ACASO CANTO A TUS OJOS?

¿Acaso canto a tus ojos?:

Sí.

Y para todos los amantes del mundo

que se unieron en tus dos pupilas.

Y en tus pupilas las canciones están

para mis valles de Palestina,

para sus costas.

¿Acaso no era yo el aceitunero?

¿Es que acaso no soy el que pescaba en Yafa?

¿El cantor de los nómadas camellos

que en éxodo marchaban por el Negueb?

De las canteras de Jerusalén

tomé mis piedras,

para esculpir con ellas este totem:

Sí. ¡Por tus ojos!

¡Oh, rostro de mi país!

¡Por tus ojos!,

lloro y canto.